



PESCA DEL ATUN.

Aní tienen nuestros lectores una lámina que representa la pesca del atun, pez que pertenece á la familia de los *scombro*s. De esta especie son tambien los sábalos, y aunque mas pequeños que los atunes, son como todos los *scombro*s, robustos, activos y voraces. Las especies mayores de esta familia siguen las embarcaciones en alta mar, y las pequeñas andan en cuadrilla, siendo muy productiva esta pesca en Europa.

Ya que hemos hablado de los sábalos, conviene sepais que los que se pescan en el Guadalquivir son de gusto muy esquisito. Los sábalos comunes andan en cuadrillas numerosísimas, habiendo naturalistas que dicen parten del Norte en la primavera, y se encaminan al Mediodía; pero otros sostienen que durante el invierno se mantienen en lo profundo de las aguas, y que salen al llegar la primavera: finalmente, no falta quien asegure pasan el invierno debajo de los hielos, ocultos en las ovas.

En cuanto á la pesca del atun, son infinitos los que se dedican á ella. En las costas de Huelva hay varias compañías dedicadas á la esplotacion de este ramo abundantísimo de riqueza. Los catalanes, siempre industriosos y activos, han invadido aquellas costas, ocupándose en la preparacion del atun, para esparcirlo embarricado por España y el extranjero.

Hay atunes que pesan veinte y mas arrobas, de suerte que como viajan juntos se les vé venir á larga distancia. Con sus grandes colas y sus enormes aletas levantan montañas de agua, dejando tras sí un surco de espuma, mayor que el que pudiera dejar un buque de alto bordo.

TRIBULACIONES Y DESGRACIAS DE UN IGNORANTE.

CONCLUYE LA TERCERA PARTE.

IX.

El combate.—Efectos del miedo.

Habia llegado la hora fatal.

Una descarga de fusilería y de cañón nos anunció la presencia del enemigo.

El *Vigilante* no permaneció sordo á semejante llamada.

«Fuego!» gritó el capitán.

Y resonaron en los aires veinte tiros de carabina. Oyóse al instante una espantosa gritería, saliendo de ambos buques amenazas de muerte que iban á mezclarse al ruido de las armas blancas.

«Valor, amigos míos, valor!»

Estas eran las palabras del capitán.

Y durante un minuto reinó el mas completo silencio.

«Abrazémonos, dije á Tomás, á quien no habia dejado aún; despidámonos, pues tal vez sea esta nuestra última hora.»

Aumentáronse el ruido y la confusion, cruzándose los fuegos de la artillería.

Yo tenia estrechado á Tomás entre mis brazos, cuando le ví ponerse pálido y tambalearse. Retrocedí espantado al notar la espesa humareda que nos rodeaba, y á pesar de la oscuridad le ví caer de espaldas en la

bodega por una escotilla, junto á la cual estábamos en aquel momento.

Entonces perdí enteramente la chaveta, y en un acceso de mi calenturiento terror abandoné el campo de batalla, yendo á ocultarme en la bocina; pero como no cupiese en ella, corrí á otra parte, y me introduje en la vitácora, poniéndome á caballo sobre las brújula. Rompí el vidrio que la resguardaba, y me clavé en la espinilla la aguja tocada en la piedra imán del instrumento marino, sintiendo tal dolor, que me hizo saltar hácia fuera, ni mas ni menos que si fuese una pelota elástica.

No conservaba ni un adarme de razon, de suerte que medí la cubierta en todas direcciones, tropezando en todas partes con manos, pies y cabeza, á manera de gato rabioso.

La Providencia se compadeció al fin de mí, pues me proporcionó un medio de ocultarme, presentando á mi vista una magnífica piel de tigre, que servia para que los pasajeros se limpiasen los pies antes de pisar la escalera que conducia á la cámara. Me envolví en ella como un hombre friolento en su bata, y los dos, la piel y yo (yo en ella), de resultas de un vaiven extraordinario, dimos un resbalon, que por fortuna nos llevó detrás del gallinero, poniéndonos en seguridad á lo menos por entonces.

Los piratas y su capitán Feotas.

Al fin llegó el momento decisivo.

Se apoderaron de nosotros al abordage, y gracias á una abertura imperceptible que tenia mi protectora piel, ví el triste desenlace de tan sangrienta lucha. Los piratas eran dueños del *Vigilante*.

Por cierto que eran unos hombres de espantosa fisonomía, y el aspecto de su rostro, mas bien negro que blanco, no el mas á propósito para quitarme el miedo. Largos bigotes rubios les tapaban casi del todo la boca, de la cual salian horribles gritos de victoria y diabólicas carcajadas, siendo tanto mas espantosos, cuanto que iban armados de pies á cabeza, llevando en la mano derecha una hacha, una pistola en la izquierda, y al costado un sable.

Uno, sobre todo, á quien llamaban *Feotas*, y que tenia una figura mas repugnante que la de los demás piratas, parecia un arsenal ambulante. Llevaba en la cabeza una benda teñida de sangre, prueba evidente de que le habia alcanzado alguna china en la refriega, y era el jefe, pues oí que le llamaban capitán.

Yo hacia los mayores esfuerzos para conocer entre los que desfilaban por delante de mí á alguno de nuestra tripulacion; pero mis inquietos ojos no vieron ningún rostro conocido.

Ayl, ¿qué les habia sucedido? ¿qué iba á ser de mí?

XI.

Por qué temo perder la piel.

Los piratas formaron un círculo, deliberaron unos instantes, y luego comenzaron á moverse de un lado á otro.

«Al agua todos los cadáveres!» exclamó el capitán Feotas.

Pronto se ejecutó esta orden, siendo arrojadas al mar todas las víctimas del combate.

«Ahora, prosiguió el terrible jefe de la cuadrilla, á saquear el buque! Pero el que no sea fiel...» Terminó su frase haciendo un gesto significativo, y llevando su mano al puño del sable.

«Al saqueo!» repitieron en coro los piratas. Y les ví dispersarse por todos los puntos del bergantín, cogiendo cada uno lo que hallaba á mano y le agradaba.

— Esta pistola es para mí, decía uno.

— Y para mí este reló de oro, saltaba otro.

— Me conviene esta cartuchera.

— Me gusta este leviton, y me viene como de perilla, pues el mio está roto por los codos.

— Para mí esas navajas!

— Y para mí las tigeras!

— Y para mí esta piel de tigre.

— No, porque ya la había echado yo el ojo.

— Nada tengo que ver con eso.

— Te digo que es para mí.

— Ola! pues ven á tomarla.

Y al mismo tiempo que esto decía uno de los piratas, blandía su puñal como para defender el codiciado objeto, y con todas sus fuerzas apoyó el pié en la piel mencionada, sin pensar el bruto que lo plantaba encima de mi vientre.

«A bordo, camaradas!»

Este grito, arrojado por el capitán de los piratas, el terrible Feotas, fué causa de que el atrevido La Garra (así se llamaba) levántase de pronto el pié, dejando libre mi individuo, y de que los dos ladrones cortáran su disputa.

«A la maniobra!» prosiguió el capitán con voz de trueno, y todos obedecieron, suspendiendo su lucrativa tarea.

XII.

La tempestad.

Efectivamente urgía la cosa, pues un huracán amenazaba al buque; el cielo iba cubriéndose de nubes de

mal agüero, y reinaba una oscuridad densísima. al mismo tiempo, que un viento tempestuoso agitaba el mar, impeliendo las olas contra los dos buques.

No fué necesario que Feolá repitiese su grito de alarma, pues sus hombres abandonaron el botín aunque con sentimiento, y se precipitaron en tropel en pos de su jefe, quien ya habia dispuesto lo necesario para tomar viento y separarse del *Vigilante*, cuya proximidad era muy peligrosa.

Viendo ésto un servidor de VV., sintió un miedo cervical, porque allá, como podia, formaba sus cálculos, pesando en su imaginacion las probabilidades de vida ó muerte que le quedaban.

«Cómo! se decia á sí mismo, ¿cómo saldré de este apuro? Si se van por miedo á la tempestad, y yo me quedo aquí expuesto á todo el furor de los elementos, solo y sin auxilio, de seguro perezco. Por otra parte, si me descubro á esas criaturas inhumanas, puedo prever lo que harán conmigo? —No. Sin embargo, esos hombres, por muy piratas que sean, no son caníbales, y no me comerán por consiguiente.... Permanecer aquí ¿no es evitar un mal para caer en otro peor? Y admitiendo por otra parte que me libre del naufragio, ¿puedo tener esperanza de conservar mucho tiempo mis dias sobre estas malditas tablas, últimos restos del *Vigilante*?»

Una cuerda á tiempo.

Ya ven VV. que mi situacion no era muy agradable, de suerte que me tenia en gran manera inquieto la perspectiva de la suerte que por uno y otro lado se me presentaba.

Al fin tomé mi partido: dejé la piel, y animado por

la oscuridad que me protegía con su velo, fui á apostarme en la proa del casco del bergantin, para saber á como estaban de retirada los malditos piratas.

Ya su buque se hallaba muy lejos del bergantin; pero ví que aun quedaban en la parte baja de nuestra escala dos de aquellos, á quienes iba á tomar un bote para llevarlos á bordo, como habia hecho con los demás sin duda.

Llegó el bote, mantúvose un instante aferrado al *Vigilante* con el auxilio de las amarras, y los dos hombres entraron en él.... Luego desamarraron y partieron!

Y yo con ellos, pues sin detenerme en la escala, y dejando á un lado las reflexiones, me fui descolgando hasta caer, no en la lancha, porque mi audacia no llegaba á tanto, sino en el mar.

Dí cuatro ó cinco brazadas, y despues me agarré con ambas manos al timon, dejándome llevar á remolque, barrido y todo por las olas.

De este modo acababa de señalar mi salida del *Vigilante* con un rasgo de atrevimiento, no menos sorprendente que el que me ayudó á entrar en él.

Antes de diez minutos llegamos á nuestro destino, y entonces sí que perdí la esperanza de salvar mi vida, cuando despues que se encaramaron al buque mis dos hombres, sentí que el bote subia, y se escapaba de entre mis manos. Era que lo izaban para fijarlo á lo largo de las portas como es costumbre.

«Adios, parientes, amigos, patria.... todo se acabó para mí.»

Movia los brazos y las piernas para mantenerme firme contra las olas, lamentándome al mismo tiempo, y de esta suerte atrapé la punta de un largo cable pendiente del buque de los señores piratas, y que colgaba junto á mí, aunque á buena distancia.

Sin duda habia sido cortada aquella cuerda, ó se habia desatado durante el combate; pero á mí me importaba muy poco como se hallaba allí; me volvía á la vida, y por lo tanto la dí mil bendiciones.

Andábamos el buque y yo uno tras otro con extraordinaria velocidad, y á pesar de todo el vigor que empleaba para luchar contra las ondas, no podía librarme de su submersion. Cien veces desaparecí en las profundidades del furioso océano, y cien veces, precipitado por las indómitas olas contra los costados del buque, corrí riesgo de ser hecho pedazos; pero Dios no quería que terminase así mi pobre existencia, y con gran admiracion mia me encontraba ileso y en mis cinco sentidos al salir á flor de agua, para tornar á ser juguete de las terribles sacudidas.

Sin embargo, al cabo de una media hora se habian agotado mis fuerzas, y aunque no era poco mi valor, comprendí que no podia prolongarse mucho mi angustiosa situacion.

XIV.

Un hombre en la mar.

Una espantosa racha de viento, á la cual siguió el resplandor luminoso de un relámpago, fué á dar sobre el buque, y sorprendido éste en su falsa maniobra, inclinó el costado, dejando bañar durante algunos minutos casi todo el mástil.

Este vuelco, aunque instantáneo, sembró el desorden y el espanto á bordo del pirata. De buena se habian escapado! Sin embargo, lo que estuvo para perderlos me salvó á mí.

Apenas el buque recobró su equilibrio, salieron de él estos gritos:

«Un hombre en la mar! un hombre en la mar!

Levanté la cabeza, y ví á casi toda mi gente en la proa, vuelto el rostro hácia la direccion que yo llevaba, y haciéndome señas con los brazos,

No sabia qué pensar de semejante pantomima, y así no respondí.

«Es Juan el Tuerto! es Juan el Tuerto! decian, echad un cabo al agua.»

Echáronle en efecto, y como no era cosa de andar entre la muerte y la vida, me agarré á él, y subí á bordo, dispuesto á todo lo que sobreviniera.

«Háganse VV. cargo de lo estupefactos que se quedarían aquellos hombres en general, y en particular el capitán Feotas, cuando despues que me lavaron la cara, llena de brea en su mayor parte, me examinaron unos cinco minutos, conociendo que yo era... Un desconocido!

—No es Juan el Tuerto! dijo el capitán.

—Si se habrá ahogado!

—Es un mónstruo marino, exclamó un tunante en medio de las risotadas de los demás.

—Se habrá escapado del vientre de alguna ballena, dijo otro, siguiendo la chanzoneta de su camarada.

—Al agua!

—Al agua!

—Que vuelva al mar; así como así no vale ni la mitad que el soldado que hemos perdido.

Durante este horrible diálogo, que tendia á amenazar de nuevo mi vida, había podido tomar aliento y recobrarme un poco. El primer uso que hice de mis fuerzas fué arrojarle á los pies de aquellos desalmados, pidiéndoles me perdonasen con todo el poder de mis pulmones; y ellos me permitieron les contase mi funesta y cómica aventura, como un mes antes había sucedido á bordo del *Vigilante*.

Si me dejaron la vida y consintieron en quedarse conmigo, no es porque el capitán Feotas se enterneciera, sino porque al saber que yo era uno de los que tripulaban el *Vigilante*, creyó el ambicioso pirata le sería muy útil para el registro que pensaba hacer luego que el tiempo calmase en el bergantín que se vieron obligados á abandonar sin ningún beneficio.

Pero el hombre propone y Dios dispone. XV.

Nuevas esperanzas.

Después de tenernos algunas horas alerta, el huracán nos dejó para estallar sin duda con mayor violencia en otra parte, y entonces vimos serenarse el cielo, desaparecer la oscuridad, calmarse el viento, y sosegar el mar.

El capitán Feotas determinó al punto volver en busca de los restos del *Vigilante*, en el cual, conforme á lo que le había prometido (qué no le hubiera prometido en aquel momento!) debía servirle de explorador.

Pero cuando trataron de descubrir con el auxilio del anteojo hácia que lado se encontraba la proa del buque que pensaban abordar, nada vieron, y todos los telescopios del mundo hubieran sido inútiles. Probablemente se habría ido á pique el casco del *Vigilante*, y así á pesar de haber estado maniobrando de día y de noche durante cuarenta y ocho horas en todos los parajes inmediatos, no hallaron el menor vestigio de él.

Grande fué el disgusto del señor Feotas y sus compañeros.

Sin embargo, no me arrojaron al mar, porque creyeron podría servirles de algo, y se quedaron conmigo provisionalmente.

Los víveres iban escaseando, por lo cual decidieron tomar tierra lo mas pronto posible, noticia que me llenó de gozo, haciendo asomar á mis labios la sonrisa.

Efectivamente hicieron lo que habían pensado, y exigía nuestra apurada situación.

A las tres noches de decidir nuestra arribada, fondeamos con las precauciones necesarias cerca de una isleta.

El capitán Feotas saltó á un bote con la mayor parte de su gente, y yo me quedé á bordo, con la cabeza inclinada hácia el mar, preguntándome á mí mismo cuando tendrían fin mis desgracias. Afortunadamente oí una voz gruesa, la del ilustre capitán, que me llamaba con bastante imperio y me decía entrase en el bote. Hícelo así sin detención, y á poco salté en tierra con inefable alegría, porque cierto presentimiento me decía que daba el primer paso hácia una existencia mejor.

(Se continuará.)

UNA BROMA DE COLEGIO.

Hoy día de todos Santos, día tan triste, tan nebuloso en nuestros recuerdos de la infancia, vamos á contarnos un lance que presenciámos nosotros cuando éramos niños, y rabiábamos entre las cuatro paredes de un colegio, ó nos dábamos de mogicones con nuestros camaradas en el patio de recreo.

Ernesto de ** conde á los doce años por muerte de su padre, tenía muy buenos sentimientos; pero su abuela vició las escelentes cualidades que le adornaban, encargándole no se confundiese con los *canallas* que estudiaban en el colegio de guardias marinas de la isla de S. Fernando.

Ernesto no quebrantó la promesa que hizo á su abuela de no conceder su amistad á ningún colegial: así es que respondía con unos *usted* tan secos al *tú* que cordialmente le dirigíamos, que no tardamos en abandonarlo á su tontería. Jamás tomaba parte en nuestros juegos, y durante las horas de recreo jugaba aparte con bolas de ágata y trompos de madera olorosa, lujoso regalo de su abuela.

Eugenio S.... que hoy tiene un importante destino

en Cuba, era entonces el guardia marina mas maligno y travieso del colegio, y no creyendo bastante castigado á Ernesto con nuestra indiferencia, quiso añadir al fastidio del aislamiento el ridículo de un engaño, cuyo *escenario* trazó despues de escoger por *colaboradores* al humilde narrador de este lance, y otros dos condiscípulos, cuyos cabellos han encanecido con el tiempo y los trabajos.

Tan grave y serio como un dómine, Eugenio se acercó al condecito, y despues de llamarle Señor Conde á boca llena, le dijo en voz baja.

»Pertenece V. E. á la sociedad de los besugos?

—Esta es la primera vez que oigo hablar de ella.

—Qué imprudencia! Si V. A. fuese besugo, nuestros camaradas, los preceptores y hasta el director le guardarían el respeto debido.

—Qué debo hacer para entrar en esa sociedad?

—Yo me encargo de esto. Luego que se hayan apagado todas las luces esta noche, vístase V. E. en silencio y venga á buscarme á paso de lobo junto á la ventana que dá al patio.

—No faltaré.

—Separémonos, pues hay quien nos observa. Prudencia y discreción.

A la hora marcada, Eugenio condujo su víctima al jardín, y allí nos sentamos debajo de un árbol con la gravedad de senadores romanos, embozados en nuestros capotes, con unos gorros de papel pintado y barbas de papel encarnado. El presidente tenia delante un *Manual de Longitudes*, y para adquirir aire magistral se habia puesto unas antiparras, alumbrando aquella escena cómicamente solemne la luz de un belón que habia sacado de su cuarto uno de nuestros camaradas.

El conde respondió con voz mal segura á las preguntas horripilantes que se le dirigieron, y prestó todos los juramentos que el presidente le exigió. Recuerdo que juró no sonarse jamás con la mano derecha, no comer ostras, melon ni pepinos, y hacer respetar en sus haciendas la libertad individual de los ahejorros.

Después de una ceremonia burlesca cuyos detalles no pueden ser descritos, al fin quedó recibido en la sociedad de los besugos.

»Serenísimo besugo, le dijo Eugenio, de hoy mas siempre que encuentre V. E. á un miembro de nuestra ilustrísima sociedad debe saludarle de este modo:»

Y enseñándole los dientes al mismo tiempo que guiñaba el ojo izquierdo, le recomendó eficazmente este signo de inteligencia.

El canto de un gallo que se hallaba en un corral inmediato nos obligó á levantar la sesion, y todos nos fuimos á la cama riéndonos de nuestra diablura, escepto el neófito que temblaba de pies á cabeza.

Los colegiales se dividen en dos campos, *los grandes y los chicos*, y cuando aquellos reciben á alguno de estos, admitiéndolos en sus juegos, parece una liebre en medio de una piara de cabras.

»Señor conde, le dijo Eugenio al oído á la mañana siguiente, designándole un guardia de diez y ocho años, disputador, camorrista; ese es uno de los principales miembros de la sociedad de los besugos. Ya ha llegado el momento de la prueba.»

El pobre conde cayó en el lazo: hizo las muecas al camorrista, y este creyó al principio que aquello no se entendía con él; mas viendo que el otro repetía su manejo, cayó sobre él, y en medio de las risotadas de los dos campos, le administró una dosis espantosa de puñetazos.

Eugenio acudió á consolar á su víctima, jurándole que él tambien habia caído en un engaño, cuyas consecuencias deploraba.

Durante las dos horas de clase que se sucedieron á aquel lance, Ernesto estuvo muy distraído, y después de varias reprimendas le amenazó el maestro con un sério castigo.

»No tenga cuidado V. E., le dijo en voz baja el implacable Eugenio; el maestro es nada menos que el rey de la sociedad de los besugos: apresúrese V. E. á

saludarle políticamente como ya sabe, y ya verá como suprime el castigo.

— Señor conde, decía á la sazón el maestro, si continúa V. entreteniéndose en ver como vuelan las moscas en lugar de estudiar, le castigaré severamente.

— Ya lo veremos, responde el condecito, guiñando el ojo y enseñándole los dientes, convencido de que era aquello un signo de respeto.

La sorpresa y la indignacion quitaron por algunos instantes el uso de la palabra á nuestro profesor; mas á poco llamó al portero, ministro inflexible de los tiranos escolásticos, y este condujo inmediatamente al desventurado Ernesto á la prision del colegio.

Eugenio, que tenia un corazon escelente, sintió haber llevado tan lejos la broma, y acompañó al conde muchos ratos durante su prision, alegrándole con sus dichos, y compartiendo con él sus dulces. A poco, gracias á tan buen amigo, se hizo el conde el mejor muchacho de todos los colegios de España y de las Indias.

No hace mucho tiempo que Ernesto me recordaba esta travesura de estudiantes, saboreando al mismo tiempo los buenos trozos de besugo con que ambos nos regalábamos en la *Pastelería Suiza*.

L. P.

HISTORIA NATURAL.

El buitre de los Alpes.

Una de las aves mas terribles es el buitre de los Alpes ó *lammergeyer*, cuyo nombre le dan los habitan-

tes de las montañas. Mayor y mas voraz que la misma águila, como todas las de rapiña, cuando ese buitre colosal está harto de alimento se retira á los sitios inaccesibles, donde permanece hasta haber hecho la digestion. Si alguno va á turbarle en su reposo, ó le acomete con furia el lammergeyer, ó tomando vuelo describe un círculo en los aires, yendo á posarse en algun arbol inmediato, pero sin dar la mas leve muestra del temor que todos los animales, por feroces que sean, tienen al hombre.

El buitre de los Alpes tiene pocas plumas en la cabeza y en el cuello; sus ojos se hallan rodeados de un iris de color oscuro amarillento, distinguiéndose del águila en su posicion mas bien horizontal que vertical. Su graznido es áspero y lúgubre; tiene las ventanas de la nariz ovaladas, los pies cortos, muy largo el dedo intermedio, y está unido á los tres anteriores por una membrana. La primera rectriz de esa ave voraz, á la cual tambien llaman *gipaète* ó buitre barbudo, es mas corta que la segunda y tercera, y sus huevos son blancos con manchas oscuras, hallándose cubiertos de asperezas. Por último, hemos dicho que este buitre es de un tamaño colosal en su especie, y para convencer á nuestros tierros lectores de la verdad de este aserto, bástanos añadir que se han visto algunos cuya altura llegaba á cinco pies; esto es, la talla de un hombre regular.

